

LA TEOLOGÍA MORAL A DEBATE

En el número anterior, 148, nos hacíamos eco de la desaparición de esa figura señera de la teología moral católica que fue Bernhard Häring y publicábamos la condensación de uno de sus últimos artículos en Theologie der Gegenwart. Dicho artículo iba precedido del que ahora presentamos. Su autor se propone explicar la diferencia entre la obra primeriza y de madurez de Häring, y su obra tardía, sobre todo la del último decenio. Para él, existe una cierta polarización entre la postura de Häring -apertura al mundo moderno y a sus problemas en el espíritu del Vaticano II- y la posición "oficial" de la Iglesia, más preocupada por el problema de la identidad de la fe católica en un mundo convulsionado por la conflictividad social y por los problemas que atañen a la vida, a la muerte y a la responsabilidad humano. La originalidad y el interés del presente artículo consiste justamente en mostrar el por qué de dichas posturas discrepantes y apuntar a una solución de apertura y equilibrio.

Umstrittene Moraltheologie. Zwischen kirchlichen Pluralismos und moralischen Eindeutigen, Theologie der Gegenwart 40 (1997) 242-253

Ninguna disciplina teológica centra tanto la tensión intraeclesial como la moral. La invitación del Vaticano II a reorientar la ética teológica; el nuevo enfoque desde el diálogo con la teología trascendental, con el análisis del lenguaje, la hermenéutica y el psicoanálisis; la progresiva intervención crítica del magisterio en las encíclicas Veritatis Splendor (palabra clave: "teología moral autónoma") y Evangelium Vitae ("cultura de la vida" frente a la "cultura de la muerte") denotan un progreso de reflexión ética en el seno de la Iglesia católica, en el que se mezclan la discusión positiva con el espíritu del tiempo y la crítica radical a sus problemáticas consecuencias morales.

La discusión ética busca abrirse paso hacia un modelo capaz de brindar una ayuda objetiva a los riesgos de la cultura moderna, plural y tecnológica. Se trata de una reflexión ética donde la sinceridad ante la complejidad de la vida moderna y la clara identidad y responsabilidad moral sin concesiones pugnan por mantener la balanza del equilibrio. No es casual el que esta tensión quede patente en el antagonismo entre un profesor de ética y un teólogo moral que ha marcado el destino de la Iglesia en los últimos decenios: Karol Wojtyła, profesor en la Facultad de Filosofía de la Universidad católica de Lublin, por los años cincuenta, y desde 1979 en la cumbre de la Iglesia como papa Juan Pablo II, y Bernhard Häring, profesor de teología en universidades de Alemania y Roma y el gran promotor de la renovación de la teología moral conforme al Vaticano II.

Mientras Häring se esfuerza por desarrollar una ética teológica, primero teórico-científica, luego más político-estructural, que sea capaz de dar razón de los múltiples aspectos científicos, las opciones de las diversas culturas y las exigencias ecuménicas de la actualidad, la obra de Juan Pablo II apuesta por la identidad moral de la Iglesia en los procesos cada vez más complejos de la sociedad actual. Es importante conciliar los objetivos de estos antípodas, para que la reflexión ética pueda ayudar a superar los conflictos morales de una cultura plural y de dimensiones universales, de alto desarrollo técnico y ecológico.

Pluralismo ético fuera y dentro de la Iglesia

La sociedad moderna se caracteriza por un intrincado pluralismo de posiciones, intereses y puntos de vista, que parece propiciar un indiferentismo ético donde las diversas convicciones alternan sin más una junto a otra. "Desde el punto de vista de la sociología, las sociedades posmodernas representan sistemas policéntricos, en los que ya no es posible fijar un punto de Arquímedes, desde donde situar y coordinar los diversos niveles de la vida social: técnica, economía, ciencia, administración o cultura. El derecho, la moral y la política ya no forman una aleación unitaria. Ni es posible que una idea determinada, una singular concepción del mundo o un proyecto especial de vida tengan por sí mismos valor universal" (H. J. Höhn).

Allí está justamente el problema de la reflexión ética. En este contexto resulta difícil pretender y llevar a cabo normas obligatorias. "La integración de tan complejas sociedades sólo es posible mediante un acuerdo sobre la regulación formal del modo como hay que pronunciarse públicamente respecto al valor de las aspiraciones del sinfín de grupos de distintos intereses y cómo solventar pacíficamente los conflictos que surjan entre ellos" (H. J. Höhn).

Quien considere detenidamente la tensión interna de la Iglesia, observará huellas de este pluralismo. También en el interior de la Iglesia se da una peculiar fragmentación del pensamiento y un peso emocional de frentes contrapuestos, al parecer irreconciliables. Se desenvuelven uno frente al otro y no parece que nadie sepa cómo habérselas con ello. Pongamos como ejemplo los anhelos del pueblo fiel, que suenan como un grito sin eco, o la iniciativa de los obispos del Rin Superior respecto a los divorciados vueltos a casar. Tras un breve debate entre ellos y las instancias magisteriales, la solución concreta para la praxis queda en el aire. También la reflexión ética de la iglesia se halla en un proceso de sensible apertura hacia las diversas situaciones y decisiones personales, con un buen margen de discusión y diversificación de actitudes morales. Esta evolución intraeclesial resulta paradigmáticamente consciente en la figura de Bernard Häring. Como teólogo moral que ha impulsado decisivamente la orientación de la moral tras el Vaticano II, en sus últimos escritos da la impresión de querer provocar, como ningún otro, la confrontación intraeclesial.

Necesidad de apertura diferenciada

En el intento progresivo de establecer una moral existencial de base teológica conforme a las pautas del Vaticano II, Bernard Häring ha ido rompiendo con la fijación en moldes de derecho natural. El diálogo con la dinámica moderna y las ciencias humanistas ocupa el centro de este movimiento renovador. Ya en 1964 escribía: hay relaciones legítimas de intercambio entre la teología moral, y el espíritu del tiempo.

Este no es ni todo luz ni meras tinieblas. En él no se dan sólo peligros, sino también esperanzas positivas. En consecuencia, Häring esboza su teología moral en el marco de un diálogo intrateológico entre moral y dogmática, "fiel a la Escritura y a la Tradición", y una comunicación extrateológica entre la moral y las ciencias sociales. Esta apertura se radicaliza en el decurso de su obra y se centra en una moral posconciliar orientada "consciente y críticamente, pero no con una tendencia meramente negativa, a la situación histórica de las diversas partes del mundo".

Häring se pronuncia a favor de un pluralismo abierto al diálogo "donde se propongan con deseo de asimilarlos, los intercambios entre la religión, específicamente la fe cristiana, y el campo sociopolítico". La reflexión ética sería un dejarse preguntar a fondo por la Palabra de Dios y la polifacética historia, de cara a una "continua metanoia, un cambio de mentalidad en la fe en el Señor de la historia, que se mantiene fiel a sí mismo, como el amo de casa que sabe administrar con mesura lo viejo y lo nuevo. Esto no está exento de riesgos y con ellos hay que contar.

Fue precisamente la creciente oposición con que tropezó este conato de renovar la teología moral mediante la apertura al ambiente plural, lo que le impulsó definitivamente a cambiar el registro de su discurso. No son ya preguntas de contenido teórico sobre la discusión ético-teológica, sino los temas de crítica político-eclesiástica los que dominan su producción desde fines de los 80. La impresión de que en el seno de la Iglesia se perfilaba una praxis en que "se sanciona todo disenso aun respecto a tesis no infalibles", para forzar un "consentimiento general en todas las normas de moral declaradas actualmente válidas por el magisterio", le mueve a extender su doctrina sistemática a la política de la Iglesia. La reflexión sobre la teología moral se convierte en crítica de la Iglesia.

El primer plano de la obra tardía de Bernard Häring lo ocupan cuestiones estructurales que configuran el discurso ético dentro de la Iglesia y que pueden ayudar o estorbar en su equilibrio entre apertura al ambiente cultural y competente autoridad teológica. Se las puede dividir en preguntas sobre la importancia de la conciencia personal en los problemas éticos, el papel del magisterio en el tema moral, la pluralidad cultural en la Iglesia respecto a la verdad ética, una nueva espiritualidad del ministerio sacerdotal y la función del sucesor de Pedro.

1. La conciencia personal, punto de partida de la nueva responsabilidad cristiana en el pluralismo de la sociedad moderna. La discusión sobre la admisión a los sacramentos de los divorciados vueltos a casar, pone de manifiesto cuán complejas son las situaciones en que los creyentes han de asumir su responsabilidad en la sociedad moderna, tan diferenciada. Aun el magisterio ve que la Iglesia y la teología están obligadas a distinguir las diversas situaciones que están en la raíz de los casos de separación en la compleja vida moderna. Es distinto que "alguien, a pesar de un serio esfuerzo por salvar el primer matrimonio, haya sido abandonado de manera totalmente injusta o que alguien haya roto un matrimonio eclesiásticamente válido por grave culpa propia". Y también lo es que "se haya contraído un nuevo enlace de cara a la educación de los hijos" (Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n° 84).

En esta complejidad de problemas del divorcio pide Häring a la Iglesia que se muestre cada vez más decididamente sacramento de la conciliadora misericordia de Cristo. Flota en el aire un dejo de la concepción de la Iglesia oriental de la oikonomía, que se centra en una "psicoterapia en el espíritu de la oikonomía-espiritualidad": en vez de poner frente a frente a la gente y a las normas, tanto si se trata de una norma que se ajusta a nuestra conciencia como de una norma general de la Iglesia, escuchemos pacientemente cómo quien está frente a nosotros busca por sí mismo el camino hacia lo más profundo de su conciencia y cuáles son sus motivos y razones. La convicción personal del cristiano maduro debe convertirse en una variada fuente existencial de transformación de las consecuencias morales de la fe, a la que la doctrina moral oficial de la Iglesia basta con que dé alguna cabida. Así se favorece el abandono irreflexivo de las

convicciones morales de la Iglesia, sino que se traduce el ideal moral a la compleja e imponderable realidad de la vida, "en la tarea nada fácil de "elaborar el duelo" tras la rotura del matrimonio y, si éste es el caso, de superar el trauma del propio fracaso". Según Häring, la praxis moral de la Iglesia se ha de buscar en esa apertura a "una solidaridad salvífica hondamente sentida", mediante la cual "en agradecimiento por la gracia y conscientes de nuestra debilidad", se abre la experiencia "de libertad y fidelidad auténticas".

2. Hacia un diálogo ético ecuménico de la función del magisterio. Para hallar suficiente espacio para la discusión de las cuestiones ético-morales dentro de la complejidad de culturas, exige Häring, cada vez más radicalmente, la comprensión de la Iglesia, como "sociedad discente universal y ecuménica, en una atmósfera de apertura y mutua confianza". El papel del magisterio de la Iglesia católica viene relativizado. Un primer objetivo consiste en el diálogo intraeclesial, que debe contribuir al análisis competente y objetivo de los conflictos éticos. Dado que el magisterio debe reconocer las "limitaciones" de su propia competencia (conocimiento objetivo), importa procurar el diálogo abierto con la comunidad universal de los especialistas cristianos en ética. Cerrarse al diálogo sin estar dispuesto a aprender y remitirse simplemente al Espíritu Santo prometido al magisterio resulta hoy -según Häring- una temeridad llena de riesgos. En su opinión, "la Iglesia y la moral eclesiástica nunca han sido tan urgidas como hoy a dilatar la mirada para ver la compleja diferencia de culturas seculares universalmente ligadas entre sí".

3. Identidad diversificada en la pluralidad. Häring insiste en esta apertura sobre el trasfondo de experiencias concretas. La realidad del continente africano, constatada en sus viajes, le ha mostrado la necesidad de una inculturación dialógica de la fe. Esto le lleva a ideas que van muy lejos y que no dejan de ser ambivalentes. Apunta en especial a "la predicación inculturada y de calor vital, del mensaje de salvación". Este proceso repercute en la formación del ethos eclesial, capaz de inyectar un ethos humanizante que ayude a solventar los conflictos éticos de una colectividad policéntrica: "la inculturación no es un estrecho camino reservado, sino la responsabilidad compartida para enriquecernos mutuamente unos a otros".

4. Una nueva espiritualidad del ministerio sacerdotal. En esta misma línea, inserta Häring el quehacer del sacerdote en el centro de un ambiente seglar que le exige una actitud receptiva, pues vivimos en una era de enorme aceleración de los procesos históricos, que induce inevitablemente las tensiones de la contemporánea contemporaneidad. Sólo así podrá moverse el sacerdote hacia un proceso de madurez y realizar el principal objetivo de su anhelo pastoral: "ayudar a los fieles en el camino hacia la madurez cristiana". La relación íntima con Cristo se convierte en el camino hacia el amor mutuo, fuerza inaudita de personalización y a la par fundamento de vida comunitaria. Häring considera también estas actitudes como condiciones previas para no enfrentarse con inflexible rigidez, aunque tampoco a la ligera, a la inminente transformación cultural del ministerio sacerdotal respecto al celibato y al sacerdocio femenino.

5. Ministerio de Pedro, servicio de Pedro. A los ojos de Häring, para que, con fidelidad a la Tradición y pacífica comunicación entre los miembros de la Iglesia, sea posible cotejar estos procesos evolutivos con la cultura moderna, se requiere que el ministerio de Pedro, como servicio a la unidad y guía colegial de la Iglesia, dialogue con las

diversas fuerzas intra y extraeclesiales. Es mirando al ministerio de Pedro como se plantea la pregunta: ¿cómo va la colegialidad? Häring ve en esta pregunta una raíz hermenéutica decisiva como condición de un discurso ético sólido y generoso: lo primordial es una sana confianza y un clima espiritual, básico para el gozoso anuncio del verdadero Mesías, "el siervo de Dios y salvador de las fuerzas maléficas, de las falsas ilusiones, de la tentación de poder y prepotencia, tanto en el mundo como en la Iglesia".

La actitud de Häring se hace aquí cada vez más personal, deja de lado el lenguaje objetivo del discurso científico y parte cada vez más de su percepción personal de la actual situación política de la Iglesia, hasta convertirse en una reflexión autobiográfica. Este "subjetivismo" podría malentenderse como la supervaloración por parte de un anciano de su autoridad moral y de su competencia científica. Pero es el reflejo de una problemática peculiar de la Iglesia actual ante una realidad cada vez más diferenciada. El abandono de una intuición natural del ser como punto de partida de los valores morales, la contraposición con los puntos de vista de la investigación actual de las ciencias humanas, la filosofía o sociología, la cultura científica comparativa, etc., todo esto se deposita al final de su vida en una amplia reflexión eclesiológica: la Iglesia ha de aprender a abrirse a las complicadas y polifacéticas experiencias de la vida, a los múltiples contextos de la ciencia, de las necesidades y del mundo.

Es posible que Häring no atienda al desarrollo científico posterior de la teología moral, orientada en nuestros días, por encima del simple *pathos* de la libertad y el paradigma de la autonomía, a un diálogo con la moderna cultura laica, titubeante en su identidad. Pero la pregunta es si este papel peculiar y unilateral no le corresponde precisamente a él al fin de su vida, sin que haya nadie en la Iglesia tan capaz de asumirlo.

Identidad moral

Lo que distingue la discusión plural de la Iglesia de la meramente civil hay que situarlo, sin duda, en el continuo esfuerzo por mantener la unidad aun en la variedad de responsabilidades. La obra de Häring se orienta preferentemente a urgir la apertura de posiciones eclesiásticas anquilosadas.

La predicación papal, aunque llevada a cabo por una persona que fue especialista en ética y que piensa como tal, en el contexto cada vez más complejo del posmodernismo se considera obligada a describir un *ethos* cristiano identificable que pueda contraponerse a los riesgos de las tendencias desolidarizantes y técnicamente desbordadas que ponen en peligro el factor *humano*. La preocupación del magisterio parece ser que mediante los intentos de dinamización de los contornos de la ética cristiana, como pretendería Häring, no vaya a perderse la fuerza y univocidad de la predicación moral de la Iglesia allí donde sería más requerida frente a las manipulaciones técnicas y sociales. La teología del magisterio ya acepta los "logros positivos" de la cultura moderna, como el "agudo sentido de la dignidad y unicidad de la persona humana y el respeto a la conciencia". Pero, como formando parte de su fragmentación, teme una glorificación tal de la libertad *que la convierta en un Absolutum, fuente de todos los valores*. Tal concepto de libertad amenaza con impedir el desarrollo cultural de la humanidad.

La teología del magisterio, a la compleja maraña de la sociedad moderna, cree deber contraponer la identidad moral basada en la intuición de las ventajas fundamentales de la responsabilidad humana. El Papa refleja esta simplicidad del conocimiento moral sobre el trasfondo de premisas antropológicas, según las cuales se "puede penetrar muy hondo en la estructura del hombre, sin temor a que aspectos particulares de la experiencia nos lleven a error". La complejidad de la experiencia del hombre viene superada por su simplicidad básica, constituida tanto por la experiencia que cada uno de nosotros tiene de sí mismo como de la experiencia, interna o externa, de los demás.

Según Wojtyła, esta concepción constituye la base de una exposición ética siempre alerta a los contornos que representan el último nivel de la persona y puede ser el punto de arranque de una orientación ética capaz de garantizar la dignidad humana en los complicados procesos de la evolución técnica y social.

Sólo bajo este trasfondo podrán entenderse asimismo las críticas del magisterio a reflexiones de la moral que no toman con la debida seriedad los problemas de la moderna ética médica y de la protección jurídica de la vida en los diversos estadios de desarrollo o decrepitud: el que con las perspectivas abiertas por el progreso científico se relativice la dignidad del hombre; el que aun la medicina, orientada hacia la defensa y cuidado de la vida humana, contradiga cada vez más su finalidad propia; que los problemas de la estadística demográfica, que gravitan sobre numerosos pueblos del mundo, reclamando una atención mundial responsable, se vean expuestas a soluciones falsas e ilusorias, que impiden el control humano de los modernos conflictos morales.

Cierto que en una concepción como ésta y siguiendo a Häring, queda en pie la pregunta de si basta la intuición de la fe para una adecuada elaboración de las dificultades o si no sería mejor preparar el terreno con un prudente diálogo entre los diversos especialistas, grupos sociales y religiosos, para poder llevar a cabo a la luz de la fe una aportación capaz de confirmar a la humanidad en su total plenitud.

El magisterio de la Iglesia católica representa, por su parte, la demanda, sin duda comprensible, de una univocidad hoy necesaria en la búsqueda de la identificación del *ethos* humano que realmente ayude al hombre en tan compleja y diferenciada realidad. Y aporta su opción por una actitud claramente identificable en este diálogo, en un gesto de peculiar profecía en la apertural eclesial.

En un llamativo paralelismo con la "subjetivación" en la obra de Häring, el magisterio tiene también su modo particular de "personificación" de su actividad ministerial. Hasta cabría hablar de una conciencia magisterial, gracias a la cual el Papa se hace cada vez más visible y comunicativo. Lo que Pablo VI hizo público por primera vez respecto a la prevención del embarazo -su propio criterio en el proceso consultivo-se amplía durante el pontificado de Juan Pablo II en un estilo personal de predicación, que hasta revela a los fieles *claves hermenéuticas* para su comprensión. Éste es claramente el objetivo provisional de un desarrollo, dentro del cual el magisterio ha pasado del *nos* pontificio al yo, con lo que parece comprender su misión, también eclesiológicamente, de una forma nueva que guarda un cierto paralelismo con la diferenciación de la compleja sociedad actual hacia una autenticidad personal.

Proceso de diferenciación intraeclesial de la reflexión ética

También la Iglesia se halla en un proceso de diferenciación de su reflexión ética, que deja un margen más amplio a las convicciones personales y brinda una apertura sensible a las diversas experiencias, a los problemas y situaciones personales, y a la discusión y desarrollo de las posiciones morales en la opinión pública eclesial. De este modo reacciona a la peculiar dificultad de las dinámicas modernas de formación del *ethos*. Puesto que el camino entre la maraña de innovaciones científicas, culturales y espirituales que acompañan la formación del criterio moral, único capaz de asegurar un equilibrio humano en el progreso, se ha hecho más difícil y complejo, la Iglesia se marca el ritmo que la va a permitir hallar en el diálogo entre las instancias *-sensus fidei*, teología especializada, poder magisterial y pastoral- respuestas éticas objetivas al reto del progreso moderno.

Al fundamentar un contexto de discusión interna, la Iglesia acepta la complejidad de las formas modernas de sociedad, traduciéndolas en categorías de las estructuras propias de la sociedad creyente. Esta es su sincera aportación a un acompañamiento empático, crítico y profético de la vida moderna, con su riqueza y sus riesgos. En estos procesos de transición, la Iglesia busca ayudar a solventar objetivamente y sin tensiones los conflictos éticos decisivos propios de la actual cultura técnica.

Tradujo y condensó: RAMON PUIG MASSANA